

EL TIEMPO EN ROSALÍA Y ROSALÍA EN EL TIEMPO

KATHLEEN KULP-HILL
Eastern Kentucky University

El tema central de la poesía de Rosalía de Castro es el dolor, o como lo ha expuesto Victoriano García Martí, "el dolor de vivir" (1). Este tema abarca la experiencia humana en sus contradicciones esenciales: cuerpo y alma; inteligencia y sensibilidad; conciencia de la muerte y anhelo de la inmortalidad. El hombre sufre porque vive, ama, y piensa —y sabe que muere—. La conciencia de la muerte lleva implícita la conciencia del tiempo. Tiempo y vida son inseparables. Dolor del vivir es dolor del tiempo.

A Rosalía le duele el tiempo. Desde edades remotas poetas y filósofos han percibido esta tragedia esencial del hombre. El tema adquirió relieve acentuado a principios del siglo veinte —es el "sentimiento trágico de la vida" de Unamuno; "o doloroso enigma da vida" de Fernando Pessoa; y el "dolor que es amor" de Antonio Machado—. Entre todos los poetas de todas las épocas, nadie lo ha expresado con más autenticidad y pasión (amar-sufrir) que Rosalía. Era esencia de su vida y sustancia de los tres libros de poesía, *Cantares gallegos*, *Follas novas* y *En las orillas del Sar*. Estos libros señalan tres pasos sucesivos de una autobiografía espiritual en que los conflictos entre las fuerzas duales de la condición humana poco a poco evolucionan hacia la resolución. A cada paso la perspectiva del tiempo cambia, indicando el progreso hacia la síntesis.

Cantares gallegos (1863) es obra de la juventud, pero una juventud ya acosada del dolor de la vida e intimaciones de la muerte. Su inspiración es la *saudade*, tristeza ocasionada por la ausencia, en tiempo o espacio, de seres o lugares amados. Manuel Murguía ha descrito la génesis del libro:

(...) lejos de la patria, y en medio de las soledades castellanas, se pensaba en los campos y se creían ver los horizontes que los limitan. Así era que entre los ausentes se hablaba de ellos como los profetas *super flumina Babilonis* (2).

Rosalía exprime esta *saudade* por una lírica recreación de lo que añoraba. Su papel es el de intérprete, como nos dice en el prólogo: "(...) puxen o maior coidado en reproducir o verdadeiro espírito do noso pobo (...)" (3). Confiesa también que estos

(1) "Rosalía de Castro o el dolor de vivir", estudio biobibliográfico que prologa su edición de Rosalía de Castro, *Obras Completas*, Aguilar, Madrid, 1947, 1952, 1958, 1960 y 1977.

(2) *Los precursores*, Latorre y Martínez, La Coruña, 1886; Emecé, Buenos Aires, 1940, p. 139.

(3) Rosalía de Castro, *Obras Completas*, recopilación e introducción por Victoriano García

cantares, repositorio del espíritu del pueblo, "(...) foron recollidos polo meu corazón como harenca propia (...)" (68). Así queda establecida el carácter objetivo-subjetivo de la colección.

En *Cantares* la autora toma el punto de vista de un dramaturgo. Sus personajes son del pueblo, y, dentro de la ficción artística, actúan independientemente. Utiliza técnicas teatrales —música, baile, escenas dramáticas— para recrear una realidad inmediata. Poeta y lector presencian el espectáculo, lleno de sonidos, colores, y movimiento. La nota subjetiva se hace sentir en la selección de temas y en los diálogos y soliloquios líricos. La autora se identifica con los personajes y habla por medio de ellos. En el poema "Cómo chove miudiño" se deja ver francamente en su propia identidad. Se delinean los temas permanentes.

Murguía nos cuenta que el primer cantar que Rosalía glosó de lo que iba a ser la colección *Cantares gallegos* fue "Adiós, ríos; adiós, fontes": "(...) aquellos versos tan tristes y tan hermosos que llevan por glosa la canción popular más en consonancia con el estado de su espíritu (...)" (4). Lamento de un joven emigrante que se despide de su tierra, también representa la situación íntima de Rosalía, que se ve "destrada" en Castilla. Emerge la imagen de vida-viaje que destacará en las obras siguientes. El hombre está suspenso entre un pasado irrecuperable y un futuro incierto, y siente el dolor del tiempo:

Deixo amigos por estraños,
deixo a veiga polo mar,
deixo, en fin, canto ben quero...
¡Quén pudiera no o deixar...! (133)

En *Cantares* el poeta, como el emigrante, está en punto de partida.

Follas novas apareció en 1880, pero la mayoría de los poemas habían sido escritos diez años antes, durante otra residencia en Castilla. En su prólogo, "Duas palabras da autora", que es en sí muy poético y un documento literario importante, Rosalía prepara al lector para un cambio signifiante en tono y contenido. Estos versos tristes no fueron destinados a la prensa, sino "(...) condenados pola súa propia índole a eterna olvidanza (...)" (269). Al lanzarlos al futuro, a pesar suyo, los despide sin entusiasmo: "¡Vaian en boa hora (...)! E fóronse, sin que eu sepa pra qué, nin me faga falla sabelo" (269). La vida ha pasado su auge y declina, pero el espíritu todavía tiene que sufrir sus pruebas más duras:

(...) Mais o meu libro de hoxe, escrito, como quen di, en medio de tódolos destertos, non pode ter, anque quixera, o encanto que soie emprestarlle a inocencia das primeiras impresiós: que o sol da vida, o mesmo que aluma o mundo que habitamos, non loce nos seus albores da mesma sorte que cando vai poñerse tristemente, envolto antre as nubes do postreiro outono. (271)

Martí, nueva edición aumentada por Arturo del Hoyo, 7ª ed., 2 vols., Aguilar, Madrid, 1977. A continuación todas las citas de las obras de Rosalía son del Tomo I de esta edición y se indicarán en el texto por el número de la página.

(4) *Los precursores*, p. 140.

Follas es libro largo, complejo, angustiado. El punto de vista es subjetivo; el poeta se distancia de la realidad externa y penetra los laberintos de su alma, buscando las fuentes de la vida y los misterios más allá de la muerte. La lengua gallega se hace instrumento personal de dimensiones universales. Galicia es fuerte presencia, pero no en sus aspectos pintorescos. Ahora es “ocasión” o “fondo do cuadro” (271) en que se desarrolla una “dolorosa epopeia” (273). La música de los versos no imita un cantar; fluctúa con el vaivén de las emociones: “Diredes destes versos, i é verdade, / que tén estraña insólita armonía (...)” (280).

La inspiración de los poemas de *Follas* es también la *saudade*: “Escritos no deserto de Castilla, pensados e sentidos nas soidades da Natureza e do meu corazón (...)” (270). Ya se percibe que es una *saudade* distinta. Combina la añoranza de un lugar específico con el dilema ontológico del hombre perdido en el universo incomprensible. Se intensifican los aspectos de soledad, enajenación, y fatalidad del tiempo.

En *Follas* hay preocupación obsesiva con el tiempo en todos los niveles. El tiempo cronológico marcha implacablemente adelante. Reloj y corazón (tiempo y dolor) batan en consonancia: “(...) I a péndola nomáis, xorda batendo / cal bate un corazón que hinchán as penas (...)” (335). La memoria no trae consuelo. Cuanto más felices y bellas fueron las experiencias vividas, más hieren al ser recordadas: “(...) que a recordanza é un martirio” (479). Hurgando el pasado, el poeta resucita también los remordimientos amargos. La naturaleza simboliza vida y tiempo; su vigor y eterna renovación presentan un contraste cruel con los miserables y efímeros seres mortales:

.....
 ¡Natureza fermosa,
 a mesma eternamente:
 dille ós mortaes, de novo ós loucos dille
 que eles nomáis perecen! (315)

El futuro es oscuro y temible —un abismo, la nada—. Rosalía se siente abandonada, sin consolación de la fe: “(...) ¡Por qué, en fin, Dios meu, / a un tempo me faltan / a terra i o ceo?” (321). Le atormenta la mortalidad. El dolor de vivir se hace insoportable y quiere huir —¿a dónde? ¿Olvido? ¿Locura? ¿Muerte?—. Toda tentativa resulta frustrada; la razón no cede, la vitalidad triunfa. No sucumbe; está condenada a vivir.

La lengua poética de *Follas* se ha interiorizado, expresando los valores espirituales por medio de imágenes destiladas de la naturaleza. Algunas adquieren fuerza de símbolos, como la sombra y el clavo. Es el camino, con ideas afines —viaje, viajero, peregrino, emigrante— que frecuentemente representa el curso de la vida en los planos temporal y psíquico. En el poema “Dend’aquí vexo un camiño” el camino placentero lleva hasta más allá del horizonte y tienta al poeta con sueños de libertad: “(...) ¡Qué ojallá en ti me perdera / pra nunca máis me atopar... (...)” (506). No puede escapar; rechaza la fuga, o le es imposible:

.....
 Mais ti vas indo, vas indo,

sempre para donde vas,
 i eu quedo encravada en onde
 arraigo ten o meu mal. (...) (507)

La palabra “encravada” se asocia con el “cravo” del poema “Unha vez tiven un cravo” (286), símbolo del dolor que es esencia de la vida. *Follas novas* es punto intermedio del viaje. Rosalía está todavía demasiado apegada a la vida. Está aprisionada en el tiempo.

En las orillas del Sar (1884) es la etapa final de la autobiografía espiritual de Rosalía y coronamiento de su obra y su vida. Ahora no sólo sabe que es mortal, sino que está en vísperas de la muerte. Se prolongan los temas de *Follas*, pero hay perceptible transición a una actitud más calma y positiva.

No es una transición suave. Hay arranques del dolor tan intensos como los de *Follas*. Los recuerdos todavía hieren: “(...) ¿Por qué tan cerca, / tan fiel memoria me ha dado el Cielo?” (500). Sin embargo, el poeta poco a poco se va desprendiendo de la vida. La percibe ahora a distancia, “desde lejos” (564), o “como un eco perdido” (566). La naturaleza se ha transformado en paisaje interior en que el alma va dejando atrás —con un punzante “ya no”— los aspectos fecundos y exuberantes:

.....
 ¡Que hay en el cielo estrellas todavía
 y hay en la tierra flores perfumadas!
 ¡Sí!... Mas no son ya aquellas
 que tú amaste y te amaron, desdichada. (598)

Ya se siente en consonancia con el desierto y el invierno, que además de representar esterilidad y muerte tienen valores positivos. El desierto es región de soledad, paz, luz, y espacios abiertos. Habrá, tal vez, después del invierno, otra primavera:

.....
 ¡Ah, si el invierno triste de la vida,
 como tú de las flores y los céfiros,
 también precursor fuera de la hermosa
 y eterna primavera de mis sueños! (616)

El poeta vive ahora en y de los sueños. No huye del tiempo, lo supera. El soñar es la capacidad creadora del hombre que lo libra del tiempo y del dolor sin aniquilar la conciencia y la identidad. Los sueños son fuente del arte. El artista es el “loco” que sabe que sueña, es “forjador de fantasmas” (641). Rosalía experimenta un momento de revelación contemplando la estatua de Santa Escolástica, “(...) el sueño admirable que realizó el artista (...)” (667). Comprende la relación de lo humano a lo divino por medio de la creatividad: “(...) ¡Hay arte! ¡Hay poesía!... ¡Debe haber cielo; hay Dios!” (667).

En *Orillas* Rosalía no ha resuelto el enigma del futuro. No hay vuelta dramática a la fe, ni otra solución definitiva. No es santa, ni mística, ni estoica. Todavía duda, pregunta, y sufre, pero se introduce una nota de esperanza —tal vez; ¿quién sabe?; ¡ojalá!—. Siente anhelos religiosos, pero no puede renunciar a la identidad: “(...) No

borraréis jamás del alma humana (...) el orgullo del ser que se resiste a perder de su ser un solo átomo" (683). Llega a una solución paradójica como la de Unamuno: "Una resignación desesperada, una desesperación resignada, y la lucha" (5). *Orillas* no termina, comienza.

En esta etapa final, reaparece el símbolo del camino. Rosalía está llegando al fin. Se ha quitado del fardo del pasado. No mira hacia atrás. El camino está abierto, hay que seguir: "(...) Bajemos, pues, que el camino / antiguo nos saldrá al paso (...)" (565).

Rosalía siguió y va siguiendo su camino. Ha conquistado el tiempo por su arte y reúne pasado, presente y futuro. Heredó el rico acervo cultural de la Península Ibérica en sus aspectos populares y cultos y lo asimiló y perpetuó. Fue producto y exponente de sus propios tiempos, reflejando las tendencias estéticas y temáticas del Romanticismo y Realismo. Anticipó las preocupaciones de la época siguiente y planteó las cuestiones filosóficas y estilísticas del siglo veinte.

Rosalía escribía sin duda para un público (excepto, tal vez, sus versos más íntimos). *Cantares gallegos* le trajo fama en su vida, pero las otras obras no tuvieron resonancia inmediata. Tenían que esperar su hora. Se sentía decepcionada ante esta indiferencia, y le decía a su marido, como él nos cuenta en su prólogo a la edición de *En las orillas del Sar* de 1909: " (...) Dentro de poco, ni mi nombre recordarán' " (548) (6). No podía saber que *Follas novas* y *En las orillas del Sar* le ganarían puesto entre los poetas más renombrados de la época moderna. La prosa, eclipsada por la poesía, ahora está recibiendo merecida atención. Según Murguía en el mismo prólogo:

(...) si algo podía consolar aquella alma verdaderamente inconsolable, era pensar que tal vez el Cielo le concediese un breve descanso, y aprovecharlo para producir algo que honrase su país y lo hiciese amar a los extraños; algo que dijese, con razón, que cuantos la tenían por la primera debían tenerla. (549)

Se lo concedió, y lo aprovechó. Para Rosalía, no hay fronteras en espacio ni tiempo. Lo universal no admite límites.

Por tender un puente entre el siglo diecinueve y el veinte, Rosalía ha sido clasificada como "poeta de transición". Cien años después, está todavía en transición, ya para entrar en el siglo veintiuno. ¿Quién sabe qué bellezas y verdades nos dirá? Como ella dijo y diría: "(...) Bajemos, pues (...)" (565).

(5) *Del sentimiento trágico de la vida*, 4ª ed., Renacimiento, Madrid, 1931, p. 39.

(6) Tomo I de *Obras Completas* de Rosalía de Castro, Sucesores de Hernando, Madrid, 1909. Está incluido en la edición de las *Obras Completas* citada y lleva el número de la página correspondiente (véase la nota 3).